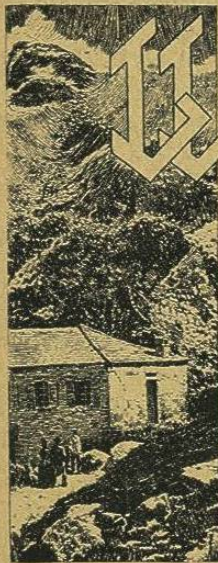


confusión; díjome enseguida que podía dormir cuatro horas, y me suplicó que me aprovechase de ellas sin zozobra ni dolor: dicho esto me dió un beso en la frente y se retiró.

No tuve ánimo para ir á aquella cama, y me dormí junto á la chimenea en un sillón. Á las seis de la mañana entraron á despertarme trayéndome chocolate y un traje completo de hombre: almorcé y me vestí con suma resignación. Vino en seguida Leoni á buscarme, y salimos antes del amanecer de aquel misterioso asilo del cual no he conocido jamás ni el nombre ni la situación exacta, ni el propietario, así como de otras muchas habitaciones de la misma especie que, durante el curso de nuestros viajes, se abrieron para nosotros á todas horas y en todos los países al solo nombre de Leoni.

Á medida que nos alejábamos de Bruselas, iba recobrando Leoni la serenidad de su porte y la ternura de su lenguaje. Sumisa y encadenada á su voluntad por una pasión ciega, era yo un instrumento cuyas cuerdas hacía él vibrar á merced de su capricho. Si estaba pensativo, yo estaba también melancólica; si estaba alegre, olvidaba yo todos mis pesares y mis amargos remordimientos para sonreír á sus impulsos de buen humor; si me hablaba apasionado, olvidaba yo el desorden de mi cerebro y el doloroso abatimiento de mi alma, y hallaba en mi profunda debilidad nuevas fuerzas para amarle y para repetirle que le amaba.

## VIII



EGAMOS á Ginebra, donde no nos detuvimos más que lo absolutamente necesario para descansar; luego nos internamos en el fondo de la Suiza, donde perdimos todo temor de ser perseguidos y descubiertos. Desde el momento de nuestra fuga, no aspiraba Leoni más que á llegar conmigo á algún agreste y pacífico retiro y á pasar en él una dulce existencia de amor y de poesía en una eterna soledad. Realizóse por fin este delicioso sueño de ventura, cuando hallamos en uno de los valles del lago Mayor, una quequera de las más pintorescas y que estaba además en una situación admirable. Por poquísimos dineros la hicimos arreglar con toda especie de comodidades interiores, y la alquilamos á principios de Abril; en ella pasamos seis meses de una felicidad como la de los ángeles, y por la que toda mi vida daré gracias á Dios, aunque me la ha hecho pagar muy cara. Estábamos absolutamente solos y lejos de toda relación con la sociedad; toda nuestra servidumbre se reducía á dos

jóvenes recién casados que aumentaban nuestro contento con el espectáculo del que gozaban ellos. La mujer cuidaba de la casa y nos servía de cocinera, y el marido llevaba á pastar una vaca y dos cabras que componían todo nuestro ganado, con cuya leche hacía el queso.

Teníamos costumbre de madrugar mucho, y cuando el tiempo estaba hermoso, almorzábamos á algunos pasos de la casa en un jardincillo cuyos árboles, abandonados á la dirección de la naturaleza, extendían por todos lados pomposas ramas menos ricas de frutos que de flores y de follaje; luego íbamos á pasearnos por los valles ó subíamos á la cumbre de las montañas. Poco á poco fuimos tomando la costumbre de dar largos paseos, y cada día descubríamos un sitio nuevo, porque eso tienen de delicioso los países de montañas, y es que se puede explorarlos mucho tiempo antes de conocer todos sus secretos y todas sus bellezas. Cuando emprendíamos nuestras más largas excursiones, Juan, nuestro digno mayordomo, nos seguía con una cesta llena de víveres, y nada era más delicioso que nuestros festines sobre la fresca hierba; Leoni sólo era delicado en la elección de lo que él llamaba nuestro refectorio. En fin, cuando hallábamos en la falda de una montaña, alguna pradera alfombrada de florida hierba, abrigada del viento ó del sol, con un hermoso punto de vista y un arroyo inmediato, embalsamado de plantas aromáticas, él mismo disponía la comida sobre un limpio mantel, tendido por el suelo. Enviaba á Juan á coger fresas y á refrescar el vino en las aguas de algún torrente, encendía con espíritu de vino una lámpara hecha á propósito, y cocía en un momento exquisitos huevos frescos pasados por agua, así como yo, después de los fiambres y de las frutas, le preparaba en la misma máquina un excelente café. De este modo participábamos algún tanto de los goces de la civilización en medio de las románticas bellezas del desierto.

Quando hacía mal tiempo, lo que con frecuencia acontecía á principios de la primavera, encendíamos una gran lumbrada para preservar de la humedad nuestras habitaciones de pino. Nos rodeábamos de biombos que Leoni arreglaba, clavaba y pintaba él mismo, tomábamos muy buen té, y mientras él fumaba en una larga pipa turca, leía yo algo en alta voz; aquello era lo que llamábamos nuestras mañanas flamencas.

Menos animadas que las otras, eran acaso más dulces todavía. Leoni tenía un talento admirable para arreglar la vida, para hacerla grata y llevadera; desde la madrugada ocupaba



la actividad de su inteligencia en hacer el plan del día, en repartir las horas, y una vez dispuesto el plan, venía á comunicármelo. Siempre le hallaba yo admirable, y no nos separá-

bamos de él ni una línea; de este modo el fastidio que persigue siempre á los solitarios, y aun á los amantes aislados, no hallaba cabida en nosotros. Leoni sabía todo lo que era preciso evitar, y todo lo que se debía observar para mantener la paz del alma y el bienestar del cuerpo; dictábamelo con admirable ternura, y sometida á él como una esclava á su señor, jamás me oponía yo á ninguno de sus deseos. Decía entre otras cosas, que la mutua comunicación de pensamientos entre dos seres que se aman es cosa dulcísima, pero que puede llegar á ser la peor de todas si se abusa de ella. Había, pues, arreglado las horas y los sitios para nuestros coloquios; todo el día estábamos ocupados en trabajar; yo cuidaba de la casa, le preparaba platos de dulce, ó le planchaba su ropa blanca; porque Leoni era sumamente sensible á todas estas delicadezas de lujo, y las hallaba doblemente necesarias en el fondo de nuestro retiro. Él, por su parte, atendía á todas nuestras necesidades y remediaba todos los inconvenientes de nuestro aislamiento: sabía un poco de todos los oficios; hacía muebles de ebanistería, clavaba cerraduras, establecía tabiques de madera cubiertos de papel pintado, impedía que hiciese humo una chimenea, enjertaba los frutales, traía una corriente de agua viva al rededor de nuestra vivienda; siempre estaba ocupado en algo útil, y todo lo hacía bien. Cuando le faltaban estos grandes trabajos, pintaba á la aguada, componía países lindísimos con los bocetos que dibujaba en su álbum durante nuestras largas excursiones. Paseaba á veces por el valle componiendo versos, y al instante venía á recitármelos; muchas veces me hallaba en el establo, lleno mi delantal de plantas aromáticas, que tanto gustan á las cabras. Mis dos hermosas protegidas comían en mi falda: la una era blanca sin una mancha, y se llamaba Nieve; aquella era apacible y melancólica; la otra era amarilla como una gamuza, con la barba y las piernas negras, jovencilla, juguetona y traviesa: Gama era su nombre: la vaca se llamaba Margarita; era roja y listada de rayas negras transversales como un tigre. Apoyaba el manso animal su cabeza sobre mi hombro, y cuando Leoni me hallaba así, solía llamarme su Virgen del Establo (1);

(1) Nombre bajo el cual es conocida una admirable Virgen de Murillo.—(N. del T.)

dábame luego mi álbum y me dictaba sus versos, que casi siempre me iban dirigidos; himnos de amor y de felicidad, que me parecían sublimes y que debían serlo. «¿Sepamos—me decía Leoni—si te parecen malos?» Fijaba yo entonces en los suyos mis ojos bañados en lágrimas, y él se reía y me abrazaba con delirio.

Y luego se sentaba en el follaje embalsamado y me leía algunas poesías extranjeras que me traducía con una rapidez y una precisión admirables; durante aquellas deliciosas lecturas, estaba yo hilando en la templada luz del establo. Es necesario conocer la exquisita limpieza de estos establos suizos para no extrañar que hubiéramos escogido el nuestro para sala de reunión. Cruzábale de un lado á otro un rápido arroyo de agua pura que le barría á cada instante y que nos deleitaba con su blando murmullo; varias palomas bebían en él á nuestros pies, y por el pequeño agujero por donde entraba el agua, venían mil atrevidos gorriones á bañarse y á usurpar algunas semillas. Aquel era el sitio más fresco en los días calurosos cuando estaban abiertas todas las ventanas, y el más abrigado en los días fríos cuando las menores rendijas estaban tapadas con paja y heno. Á veces Leoni, cansado de leer, se dormía sobre la yerba recién cortada, y yo dejaba mi labor para contemplar aquel bello semblante que ennoblecía más y más la serenidad del sueño.

Durante nuestros días tan ocupados, apenas nos hablábamos, aunque casi siempre estábamos juntos; nos decíamos algunas dulces palabras, nos hacíamos algunas dulces caricias y nos alentábamos mutuamente al trabajo; pero cuando llegaba la tarde, toda la actividad de Leoni parecía refugiarse en su inteligencia, su cuerpo quedaba indolente, y sin embargo nunca era más amable que en aquellas horas que él había reservado para los dulces desahogos de nuestra ternura. Rendido de las fatigas del día, tendíase muellemente sobre la hierba á mis pies, en un sitio delicioso que había cerca de nuestra morada en la falda del monte. Desde allí contemplábamos la espléndida caída del sol en occidente, la melancólica fuga del día, la llegada grave y solemne de la noche; sabíamos el momento de la salida de cada estrella y sobre qué cima debían empezar á brillar una después de otra sucesivamente. Leoni sabía muy bien la astronomía, pero Juan poseía

casi mejor que él esta ciencia á la manera de los pastores, y daba á los astros otros nombres harto más poéticos y expresivos que los nuestros. Cuando Leoní se había reído bastante de su rústico pedantismo, le enviaba á tocar en su caramillo el ranz (1) de las vacas en la cumbre de la montaña; aquellos agudos sonidos tenían, oídos de lejos, una dulzura infinita. Caía entonces Leoní en una honda distracción que se parecía á un verdadero éxtasis; luego, cuando llegaba enteramente la noche, cuando sólo interrumpía el profundo silencio de los valles el grito lastimero de las aves nocturnas, cuando se iluminaban las luciérnagas entre la hierba en torno de nosotros, y mecía sobre nuestras cabezas un aura tibia las copas de los árboles, Leoní parecía salir de su sueño y despertarse á otra vida; su alma se encendía, su apasionada elocuencia me inundaba el corazón; hablaba con entusiasmo á los cielos, al viento, á los ecos, á la naturaleza toda; me estrechaba entre sus brazos, me anegaba en delirantes caricias, y luego, ya más sereno, me dirigía los más suaves y mágicos acentos.

¡Oh! ¿cómo hubiera yo podido no amar á aquel hombre singular en todo, en la adversidad como en la fortuna, en lo bueno como en lo malo? ¡Cuán amable era entonces, cuán hermoso! ¡Qué bien decía á su rostro varonil el tostado color que le daban el aire y el sol del campo, respetando su ancha frente blanca sobre sus cejas de ébano! ¡Cómo sabía amar y cómo sabía decirlo! ¡Cómo dominaba la vida y sabía hacerla hermosa! ¿Cómo hubiera yo podido no tener en él una confianza ciega, cómo hubiera yo podido no acostumbrarme á una sumisión ilimitada? Todo lo que él hacía, todo lo que él decía era bueno, noble, grandioso; su corazón era generoso, sensible, delicado, heroico; su mayor delicia era aliviar la miseria ó las dolencias de los pobres que llamaban á nuestra puerta. Un día se precipitó en un torrente, poniendo á gran riesgo su vida, por salvar á un joven pastor; toda una noche anduvo errante por entre las nieves en medio de los más espantosos peligros por socorrer á unos viajeros extra-

(1) Hemos conservado este nombre extranjero porque por él es muy conocido el bello canto suizo con que en aquellas montañas reúnen los pastores sus ganados. Ranz es una voz alemana que significa reunión. De este canto sacó mucho partido Rossin en su magnífica ópera de Guillermo Tell.—(N. del T.)

viados, cuyos gritos de amargura y desesperación resonaban á lo lejos. ¡Oh! ¿Cómo, cómo hubiera yo podido desconfiar de Leoní? ¿Cómo hubiera hecho para temer el porvenir? No me digas, Alejo, que fui crédula y débil; aquellos seis meses de amor hubieran subyugado á la mujer más enérgica. Por lo que á mí hace, me abandoné á él con ciego delirio, y el cruel remordimiento de haber abandonado á mis padres, la idea de su dolor, todo se fué desvaneciendo poco á poco, y aun acabó por borrarse enteramente de mi alma. ¡Oh! ¡cuán grande era el poder que tenía aquel hombre sobre mí!

Calló Julieta y quedó sumergida en tristes meditaciones; dieron en esto las doce de la noche en un reloj lejano y la propuse que fuese á descansar.

—No—me dijo,—si aún no estás cansado de oirme, quiero seguir contándote mi historia y la suya. Conozco que he tomado sobre mí un deber muy amargo para mi pobre corazón, y luego que haya acabado, nada sentiré, de nada me acordaré por espacio de muchos días; quiero aprovechar la fuerza que tengo en este instante.

—Sí, Julieta, tienes razón—la dije;—arranca el acero de tu pecho y luego te sentirás mejor. Pero dime, pobre Julieta, dime ¿cómo la singular conducta de Henryet en el baile, y la cobarde sumisión de Leoní á una mirada de aquel hombre, no dejaron en tu ánimo algún temor ó alguna duda por lo menos?

—¿Qué temor podía quedarme?—respondió Julieta.—Yo estaba tan poco iniciada en las cosas de la vida y en las infamias de la sociedad, que nada comprendía en aquel misterio. Leoní me había dicho que tenía un secreto terrible, y yo me imaginaba mil novelescos infortunios. Era entonces la moda en literatura presentar personajes heridos de las más extrañas é inverosímiles maldiciones; los teatros y las novelas no producían más que hijos de verdugos, espías heroicos, asesinos y presidarios virtuosos. En una ocasión leí el *Federico Styndall*; en otra el *Espía* de Cooper; ten presente además que yo era entonces muy joven, y que mi amor era superior á mi débil razón. Imagíneme pues que la sociedad, injusta y estúpida, había herido de terrible anatema á mi amado por alguna sublime imprudencia, por alguna falta involuntaria ó á consecuencia de alguna feroz preocupación; no te ocultaré

tampoco que mi pobre cabeza de diez y siete años halló un atractivo más en aquel impenetrable misterio, y que mi alma de mujer se exaltó á la idea de aventurar su destino todo entero, para aliviar un hermoso y poético infortunio.

—Leoni debió conocer esa disposición novelesca y aprovecharse de ella—dije á Julieta.

—Sí—me respondió,—lo hizo; pero si se tomó tanto trabajo para engañarme, fué porque me amaba, porque quería obtener mi amor á cualquier precio.

Quedamos un rato en silencio, y Julieta prosiguió su historia.

## IX



EGÓ el invierno, cuyos rigores nos habíamos propuesto soportar antes que abandonar nuestro amado retiro. Leoni me decía que nunca había sido tan feliz, que yo era la única mujer á quien había amado jamás, que quería renunciar al mundo para vivir y morir en mis brazos. Su afición á los placeres, su pasión por el juego, todo se había desvanecido, todo lo había olvidado para siempre; y ¡ahl! cuánto agradecía yo á aquel hombre tan brillante, tan festejado por todos, el que renunciara sin sentimiento á los atractivos de una vida de esplendor y de diversiones para venir á encerrarse conmigo en una cabaña! Y está seguro, Alejo, de que Leoni entonces no me engañaba. Si es cierto que motivos muy poderosos le obligaban á ocultarse, no lo es menos que fué feliz en aquel retiro y que me amó de veras; porque, en efecto, ¿hubiera podido fingir aquella serenidad durante seis meses, sin que se alterase ni un solo

día? ¿Y por qué no me hubiera amado? Yo era joven, hermosa, lo había abandonado todo por él, y le idolatraba. Sí, yo no me hago ilusión sobre su carácter, Alejo; todo lo sé, y te lo diré todo. El alma de Leoni es muy negra y muy hermosa, muy vil y muy grande; el que no tenga fuerza para aborrecer á aquel hombre, tendrá que amarle y que ser su víctima.

Pero empezaron con tanto brío los rigores del invierno, que nuestra permanencia en el valle llegó á ser sumamente peligrosa: en pocos días llegó la nieve hasta la colina, y se puso al nivel del techo de nuestra quesera, amenazando sepultarla y hacernos morir de hambre en ella. Leoni se obstinaba en que nos quedáramos; quería hacer provisiones y arrostrar el peligro; pero Juan aseguró que nuestra ruina era indudable, si no tocábamos á retirada y lo más pronto posible; que en diez años no se había visto un invierno semejante, y que cuando llegara la época del deshielo, los témpanos arrastrarían nuestra vivienda como una pluma, á menos de algún milagro patente de San Bernardo ó de Nuestra Señora de los Aludes (1).

—Si yo estuviera solo—me decía Leoni—esperaría el milagro y me reiría de los aludes; pero cuando tú participas de mis peligros, me falta el valor. Mañana saldremos de aquí.

—Preciso será que lo hagamos—le dije;—¿pero dónde iremos? Al instante me descubrirán y me llevarán por fuerza á casa de mis padres.

—Mil medios hay de burlar la vigilancia de los hombres y de las leyes—respondió Leoni sonriendo;—ya hallaremos alguno, no te apures. Tenemos todo el universo á nuestra disposición.

—¿Y por dónde empezaremos?—le pregunté, violentándome para sonreír también.

—No lo sé todavía—dijo;—¿pero qué importa? Estamos juntos, ¿dónde podremos ser desgraciados?

—¡Ah! ¿Dónde hemos de ser tan felices cómo aquí?

—¿Quieres que nos quedemos?—me preguntó.

—No—le respondí—ya no podríamos serlo; en presencia

(1) Llámense así los grandes pedazos de nieve que se desprenden de la cumbre de las montañas. Es voz de que usa Capmany.—(N. del T.)

del peligro, siempre temblaríamos el uno por la vida del otro.

Hicimos los preparativos del viaje, uno de los cuales se redujo á que pasara Juan todo el día quitando la nieve que obstruía el camino por donde debíamos pasar. Durante la noche me sucedió una aventura que me dió que discurrir para mucho tiempo.

En lo mejor de mi sueño, sentí un frío vivísimo y me desperté; busqué á Leoni junto á mí, pero no le hallé; su sitio estaba frío, y por la puerta del cuarto, medio entreabierta, penetraba un viento colado que me helaba. Esperé algunos instantes, pero como Leoni no volvía, me incorporé algo asustada, y al fin me levanté y me vestí á toda prisa; esperé todavía un poco, antes de decidirme á salir, temiendo dejarme dominar por alguna inquietud pueril, mas como su ausencia se prolongaba, un invencible terror se apoderó de mí, y salí apenas vestida haciendo un frío de quince grados. Temí que Leoni hubiera acudido, según su costumbre, á socorrer á algunos infelices extraviados entre la nieve y estaba resuelta á buscarle y á seguirle: llamé á Juan y á su mujer, pero dormían tan profundamente que no me oyeron. Entonces, devorada de inquietud, me adelanté hasta el borde de la pequeña llanura empalizada que rodeaba nuestra quesera, y distinguí á alguna distancia sobre la nieve un débil resplandor, en el que creí reconocer el de la linterna que llevaba Leoni en sus generosas excursiones. Corrí al punto hacia aquel lado tan aprisa como lo permitía la nieve en que me hundía hasta las rodillas, procuré llamarle, pero el frío me hacía dar diente con diente, y el viento me daba de cara interceptando mi voz. Acerquéme, en fin, á la luz y pude ver á Leoni perfectamente; estaba inmóvil en el mismo sitio en que le ví al principio y tenía un azadón en la mano, me acerqué aún más, y como mis pasos resonaban apenas sobre la nieve, llegué junto á él sin que lo advirtiera. La luz estaba encerrada en su cilindro de metal, y no salía más que por una rendija opuesta á mí y dirigida hacia él.

Ví entonces que había apartado la nieve y cavado la tierra con su azadón; estaba metido hasta las rodillas en un agujero que acababa de abrir.

Aquella singular ocupación, á semejante hora de la noche

y en medio de un temporal tan riguroso, me causó un terror ridículo. Leoni parecía agitado por una impaciencia extraordinaria; de cuando en cuando miraba en torno de sí con sobresalto, y tanto me aterró la expresión de su semblante,



que me escondí temblando detrás de una peña; creí que si me veía en aquel momento, sería capaz de matarme. Todas las fantásticas y desatinadas historias que yo había leído, todos los extraños comentarios que yo había hecho sobre su secreto, se me agolparon entonces en la imaginación; creí

que iba á desenterrar un cadáver, y estuve á punto de desmayarme, pero no tardé en tranquilizarme algún tanto, viéndole seguir cavando y sacar en breve un cofre sepultado en la tierra. Miróle con atención, examinó si estaba violentada la cerradura, púsolo luego á un lado del hoyo, y empezó en seguida á echar en él la tierra y la nieve sin tomarse mucho trabajo por ocultar los vestigios de su operación.

Cuando le ví ya próximo á volver á la quesera con su cofre, temí que advirtiese mi imprudente curiosidad, y huí lo más aprisa que pude; tiré en un rincón mis vestidos húmedos y me volví á meter en la cama, resuelta á aparentar un sueño profundo cuando él volviese; pero tuve tiempo para serenarme completamente, pues tardó más de media hora en volver.

Mi imaginación se perdía en comentarios sobre aquel misterioso cofrecillo, sepultado sin duda en la montaña desde nuestra llegada, y destinado á acompañarnos como un talismán de salvación ó como un instrumento de muerte. Parecióme que no debía contener dinero porque era bastante voluminoso, y Leoni le había levantado con una sola mano y sin hacer mucha fuerza; acaso contenía papeles de que dependía su existencia entera. Lo que más me confundió, es que estaba segura de haber visto ya aquel cofrecillo en otra parte, pero me era imposible recordar en qué circunstancia; en aquella última, sin embargo, su forma y su color se grabaron en mi memoria como por una especie de necesidad fatal. No pude en toda la noche apartarle de mis ojos, y de él vi salir en mis sueños una multitud de objetos singulares; ya cartas que representaban extrañas figuras, ya armas ensangrentadas; luego flores y plumas y alhajas y también huesos descarnados, víboras, montones de oro, cadenas y argollas de hierro.

Me guardé muy bien de hacer preguntas á Leoni sobre su aventura, y de hacerle sospechar mi descubrimiento, porque muchas veces me había dicho que el día en que descubriese su secreto acabaría toda relación entre nosotros, y aunque me agradecía con toda su alma que hubiese creído en él ciegamente, con toda seriedad me había dado á entender que la menor curiosidad por parte mía le sería odiosa. Salimos al día siguiente en machos, y tomamos caballos de posta en el pueblo mas inmediato.

Llegamos así á Venecia, y nos apeamos en una de aquellas

casas misteriosas que Leoni parecía tener á su disposición en todos los países; aquella era sombría, destartalada y como escondida en un barrio desierto de la ciudad. Díjome que aquella casa pertenecía á un amigo suyo que se hallaba ausente á la sazón; y me rogó que no me aburriese demasiado en ella por un día ó dos, añadiendo que razones importantes le impedían presentarse inmediatamente en la ciudad, pero que dentro de veinticuatro horas todo lo más me vería perfectamente alojada, y no tendría que quejarme de mi permanencia en su patria.

Acabábamos de almorzar en una sala húmeda y fría, cuando se presentó un hombre de mala facha, pobremente vestido y con cara enfermiza, diciendo que Leoni le había enviado á llamar.

—Sí, sí, amigo Tadeo—respondió Leoni levantándose con precipitación;—sea usted muy bien venido, pero pasemos á otra pieza para no fastidiar á esta señora con negocios pesados.

Una hora después vino á verme Leoni; parecía agitado, pero contento, como si acabara de alcanzar una victoria.

—Tengo que dejarte por algunas horas—me dijo—para hacer preparar tu nueva habitación. Mañana dormiremos en ella.

## X



Como aquel día estuvo fuera de casa, y al siguiente salió muy temprano; parecía estar sumamente ocupado, pero nunca le había yo visto tan alegre, lo que me dió ánimo para aburrirme otras doce horas, y desvaneció la triste impresión que me causaba aquella casa fría y silenciosa. Por la tarde, con objeto de distraerme un poco, me puse á reconocerla, y ví que era en efecto muy antigua; algunos restos de antiguos muebles, pedazos de rancios guadamaciles, y varios cuadros medio roídos por las ratas ocuparon mi atención, pero un objeto más interesante para mí me sumergió en otros pensamientos. Al entrar en el cuarto en que había dormido Leoni, ví en el suelo el famoso cofrecillo, que estaba abierto y

enteramente vacío, lo que me quitó del corazón un peso enorme;—¡ya había volado el desconocido dragón encerrado en aquel cofre! ¡ya no pesaba sobre nosotros el terrible destino que á mi entender representaba!—Vamos, me dije sonriendo, ya está vacía la caja de Pandora, y la esperanza ha quedado para mí.